

»¿He amado á Marcial hace seis años cuando se llamaba Gastón? No; era un rayo de sol sobre la nieve. La prueba es que no fué á él á quien me dí. Pero hoy le adoro.

»¿Lo adoro por hermoso? Esto no es una razón. ¿Porque monta divinamente á caballo? ¿Porque ha sido heróico en la guerra, ó porque me habla con tan penetrante dulzura?...

»Pasé ayer toda la velada con él en un antepalco del Vaudeville.

»No he comprendido una palabra de lo que se representaba en la escena. Ignoro si era Jargual ó Massin los que trabajaban en la comedia. El milagro del amor habíame transportado al séptimo cielo.

»Y sin embargo, nuestra primera entrevista, después de tantos años, no tuvo nada de romántico?

»Y esa horrible mujer que quería arrojarme en los brazos de Gastón por un precio convenido, con mi primer sueño de amor, tal vez con mi último.»

#### SEIS MESES DESPUÉS

«La dicha no se cuenta. He pasado seis meses en medio de todas las alegrías del corazón, seis siglos, ¡seis días!

»Creía en la dicha eterna, pero una mujer me la arroja al mar. Esta mujer es la señorita Juana de Armaillac.

»Marcial no la ha buscado, pero ella me o haro bado y me lo ha vuelto á robar.

»Sufro todos los furores de la leona, todos los dolores del abandono.

»Acaba de manifestarme que se despide de mí para siempre, para siempre es la tumba.

»Quiero morir.

»¿Cree Marcial que puedo reirme de mi corazón como la primera vez? No.

»Levantóme del abismo y caigo en él otra vez rota y herida.

—Basta ya de esta vida imposible, buscando siempre el dinero de los otros bajo la reprobación de todos; maldita mi madre, maldita por mí misma.

»¡Mi madre! No la escribiré jamás. Precisamente es lo que ambiciono, el olvido!

»Un amor semejante no es la expiación por la gracia.»

## II

### El olvido

Era la última palabra de las Confesiones de Carolina.

Cuando llegué al final del manuscrito me preguntaba por qué quería ella morir, por aquel abandono.

No es preciso matarse por una pasión, puesto que se cura de un amor perdido con otro amor.

Quise tener la verdad de aquel enigma. Juré que me arrojaría ante la catástrofe en la que creía.

Satanás no se engaña nunca.

«Si no es el diablo, decía entre mí, escuando menos el prefecto de policía del *demi-monde*.»

No me fueron precisos más que diez minutos para comer mal. Eran las ocho y treinta. Disponía de hora y media aún.

Fuí á casa de Carolina. Encontré á su doncella bañada en lágrimas.

—Señor, me dijo, la señora hará un disparate esta noche.

—¿Te lo ha dicho?

—No, señor; pero acabo de abrir esta carta que me ha rogado lleve á su destino mañana por la mañana.

—Comprendo, exclamé, tú no haces las cosas á ciegas y pruebas el veneno antes de dárselo á los demás ..

—Dame esta carta.

Leí antes en el sobre:

*Al señor Marcial de Briançon*

«No quería decirte adiós antes de morir, pero por segunda vez mi voluntad ha sido vencida por mi corazón.

»El día que te amé, la luz descendió en mi alma y he comprendido todo el horror de mi vida.

»Existen mujeres que lo conservan todo, y se forman un conjunto de sentimientos los más dignos y los más innobles; se entre-

gan y se venden al mismo tiempo, creen ellas que rehacen su virginidad á cada nuevo amor. Pero yo te amo y me siento indigna. He devorado mi trigo en flor. Es preciso que soporte la pena del pasado, pero mientras más me empeño en amarte, más veo el fondo del abismo.

»Coralia decía ayer en mi presencia: «Qué desgracia que no sea atrevida, porque me casaría con mi amante.» Y al decir esto, lloraba. Yo no lloro, pero tendré el valor de morir.

»Los seis meses que hemos pasado juntos, me han recordado la vida de familia.

»He saboreado lo hermoso de hacer todas las locuras, de tomar todos los antifaces del vicio, me sentí mejor siendo la Carolina Cerdrillón adorada por su madre.

»Existe quien se olvida de todo, yo lo recuerdo todo. ¿Qué es el recuerdo más que un remordimiento para una criatura como yo?

»Tú no puedes imaginar por qué tu amor me arroja de la vida, sólo porque otra mujer ha cogido mi sitio. Es la ley, pero como yo no vivía si no por tí, no me queda más que morir.

»Y muero sin pena.

»Se creen que me divierto en este torbellino dorado, se equivocan; el tiempo únicamente me sirve para apercibirme que existo; los placeres del lujo y del orgullo no duran más que un día, las alegrías del corazón duran toda la vida.

»Tú dirás que predico y probablemente no me leerás hasta el fin. Guárdame un pensamiento.

»Aunque no sea sino porque valgo más que esas jóvenes que encuentras, y volverás á encontrar, y que no quiero acabar como ellas acabaron. Dame pasado mañana el acompañamiento del pobre. Arrodíllate ante la fosa común y reza un *De profundis* por el reposo de mi alma.

»¡Ah! si hubiera podido amarte con la pureza de mis dieciséis años, hubiese querido morir á tus pies; pero soy una imbura y quiero morir como he vivido en medio de una orgía. Sé perfectamente que esto es cobarde, pero tal vez no tuviera el valor de morir sola.

»Si eres dichoso con la otra, vente á pasar un día sobre la fosa común, y dí secudiendo el polvo: *¡aquí yace quien amó!*

CAROLINA.)

Después de haber leído, miré á la doña que seguía llorando como si sus lágrimas estuviesen pagadas.

—¿Adónde ha ido?—le pregunté.

—La señora no me ha dicho nada.

Creo que esos caballeros y esas señoras comen hoy en la Cascada, porque Corai, que ha venido á buscar á la señora algo retrasada, ha dicho: «Despachemos, Carolina, comemos á las ocho y ya estarán las otras de regreso del Bosque.»

No escuché más tiempo á la doncella. Tenía mi coche á la puerta y me hice conducir á escape al hotel de la Cascada.

Desde lejos oí los alegres rumores del banquete.

—Gracias á Dios, me dije; Carolina no morirá.

Y pensé que el marqués de Satanás me había advertido su intento tres horas antes para darme ocasión de salvarla.

Fuí hasta ella y le tendí la mano con efusión verdadera; estaba pálida y sonriente, pero tenía una nube de indefinible melancolía.

—¿Qué os trae? me dijo haciéndome sitio cerca su silla.

—¿Lo que me trae? Pues, usted...

—¿Cómo es posible que se haya enamorado usted de mí, cuando hasta ahora no ha vuelto usted nunca la cabeza, cuando he pasado por su lado?

—No, no es eso, querida mía, no soy su enamorado, pero es preciso que la hable seriamente. Es todo una historia la que he de referirla si usted me promete regresar esta tarde á Paris.

Miróme ella con aire interrogativo. Sin duda imaginóse que iba á hablarla de su amante.

—Sí, me respondió, júreme usted que me llevará en mi coche ó en el de usted.

—Está jurado.

—¿Es que ha visto usted hoy al señor de Briançon?

—No. Pero me consta que la ama á usted siempre; ¿cómo no está aquí?

—No debemos vernos jamás.

—¡No diga usted eso! No conozco esa palabra, jamás. Querrá usted decir siempre en el idioma de los amantes.

El anfitrión, el joven duque de..... vino

á suplicarme que tomase parte en la fiesta. No me hice rogar, porque no quería separarme de Carolina.

Una artista amiga de todos los comensales exclamó:

—Hete aquí, admitido á los honores de la sesión, como dicen en el Instituto. Pero es con una condición, que hablarás con todos, no únicamente con Carolina.

Toda la concurrencia se apostrofaba, no siendo posible los apartes y las confidencias; se dedicaron *toasts* á todas las virtudes y á todos los amores.

—¿No bebes? dijo á Carolina la artista lírica.

—Bebo siempre, respondía aquella contemplando su copa de champagne llena hasta los bordes. Cuando me toque el turno lanzaré mi *toast*.

—Siempre serás original. Nunca haces nada como las otras.

—¿Qué queréis? Es una mujer blasonada hasta la médula; su padre era conde y no le gustan más que los condes, exclamó una de las más espirituales pecadoras.

—No es como tú, dijo la artista á la que habló antes; tú has nacido en el barrio del Temple y vas allí todas las semanas á recrearte un poco.

—¿Pues qué os figurabais? respondió la gentil pecadora. Voy porque tengo miedo de encanallarme demasiado con la alta sociedad.

Transcurrió una media hora en ingeniosidades impertinentes y pretensiosamente necias.

Después de tanto extrépito, se hizo un

momento de silencio; el combate concluía falto de necedades, tantas se habían consumido, cuando Carolina se levantó alzando su copa.

—¡Bebo al *olvidol* exclamó.

Y no quedó una gota de champagne en el fondo de la copa.

Observaba yo á Carolina que si bien estaba más pálida aún que antes, no me inquieté, puesto que me había prometido dos veces regresar conmigo.

Nadie pareció comprender aquel brindis. Recordé, por esto, que ya una vez quiso envenenarse en la mesa. No la perdí de vista, pero ella, sin embargo, halló ocasión de echar ácido prúsico en su vaso.

Carolina cayó sobre una silla.

—Me siento desfallecer, me dijo, impídamme usted que caiga.

La tomé en mis brazos y levanté su cabeza.

—Me ha prometido usted conducirme á mi casa. Llevará usted á una muerta...

Y después de una pausa ligera añadió:

—Le ruego á usted, por Dios, que no me olvide aquí; y agregó en alta voz: ¡Señores, acabo de envenenarme!

Todos acudieron para salvarla. Se la hizo beber café y leche, los únicos contravenenos que pudieron hallarse á mano, pero ella cerró sus labios como mujer que ha dicho su última palabra.

Sea que tuviese, como ella había manifestado, horror á la vida, sea que ella sintiese ya los horrores de la muerte, sea que el ácido prúsico perturbase su inteligencia,

parecía extraño á todos el movimiento que bullía á su alrededor. Los hombres se hablaron con inquietud, las mujeres gritaban hasta no entenderse. Un artista del violín tocaba las *Guardias de la Reina* en el café próximo. La pobre Carolina tuvo una verdadera cencerrada en su postrer cuarto de hora.

—¡Toma! dijo una de aquellas señoritas, habla de Fantasio.

—No, dijo otra, habla de Marcial.

Carolina, sin duda, había visto aparecer á sus dos amantes más queridos antes de morir.

De toda aquella gente era yo el más seriamente afligido; mirábala espirar con un profundo sentimiento de cristiana caridad.

La admiraba en su muerte, porque sabía por qué moría ella.

—¡Está loca! decía la artista, no tenía todo lo que quería, un hotel, diamantes, caballos.

—Sí, respondió: esta joven poseía todo eso, pero lo hubiese dado todo por tener alegre el corazón.

—¿La alegría del corazón? ¿Y qué significa eso?

Tomé la mano de la artista:

—Mi querida amiga, cuando esté usted enamorada le diré á usted lo que esa frase significa.

Y añadí, pensando mejor:

—Pero no habrá necesidad cuando usted ame, de que yo se lo diga.

Fuí al entierro de Carolina.

Tuvo aquella mujer todos los valores, incluso el valor de saber morir por un hermoso sentimiento.

No cayó en la fosa común, porque Mr. de Briançon había dado sus órdenes para que tuviese una tumba.

En la puerta de la iglesia encontré al marqués de Satanás.

—¡Y bien! exclamó, ya se lo dije á usted, era fatal, debía morir.

—Usted estaba bien informado, porque había hablado con ella.

—Qué importa eso, el caso es que no me había equivocado.

Conté al marqués cómo había muerto: brindando al *Olvido*.

—¡Hizo bien! respondió. No será olvidada. Mr. de Briançon no muere de pena, puesto que nadie se muere de pena, no le hallará usted en la iglesia, pero sí en el cementerio de Pére-Lachaise.

Efectivamente, en Pére-Lachaise encontramos á Marcial.

Nos tendió la mano izquierda, la derecha la llevaba en cabestrillo.

Se había batido por una frase mortificante pronunciada delante de él respecto á la señorita de Armaillac.

—Me he batido por otra, nos dijo; pero amo también, amaba con toda mi alma á Carolina.

Dos lágrimas resbalaron de sus ojos.

Un mes después vi un sarcófago de már-

mol blanco en el lugar donde fué sepultada Carolina.

Sobre este sarcófago, veíanse estas palabras:

¿POR QUÉ DECIR MI NOMBRE?

FIN



# VIDA GALANTE

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Dirección y Redacción: Ruiz, 8, Madrid

**VIDA GALANTE** ES UNA DE LAS REVISTAS MÁS INTERESANTES, PORQUE PUBLICA LOS CUENTOS É HISTORIETAS ILUSTRADAS POR UN NOVÍSIMO PROCEDIMIENTO FOTOGRAFICO NO EMPLEADO AÚN EN ESPAÑA.

PUBLICA SIEMPRE CUATRO PLANAS EN SEIS COLORES.

Precio del número corriente: 20 céntimos.

Número atrasado: 25 céntimos

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

España y Portugal. . . . .	}	Seis meses. . . . .	6 pesetas.
		Un año. . . . .	11 »
Extranjero. . . . .		Un año. . . . .	12 francos

